

El Ambulante y el Sacerdote

August



Capítulo 1

Aquellos días en los cuales el sol tardaba más de lo normal en ocultarse tras Montañas Blancas, los niños podían jugar más tiempo en el río, chapuceando en él y corriendo corriente arriba por las verdes orillas, volviendo a lanzarse corriente abajo en acuáticas carreras. Sus vidas transcurrían en ello: aprender diferentes labores por las mañanas y jugar por las tardes. Se les educaba en el sembrado, en la cosecha, en la caza, en el tejido y en la construcción.

Había quienes, conforme crecían, se interesaban por más cosas, como aprender a leer, a escribir, o por las matemáticas, la astronomía, la religión. Era, entonces, cuando pedían ayuda de los adultos conocedores de esos temas o estudiaban libres en la Casa del sacerdote local, o se preparaban para convertirse en uno de éstos; una vida entregada al estudio, la reflexión y la adoración.

Esto, claro, para los niños y los jóvenes de los pueblos, pues los hijos del Señor Primero y los hijos de los Señores Segundos, contaban con la educación de los más sabios de sus señoríos.

El día en el cual todo cambió, los niños del pueblo de Bosque Blanco del señorío de Karasel, jugaban y reían como si la vida siempre fuese a ser así. Los árboles susurraban sus viejas canciones ahogadas por los gritos y el estruendo del agua, brindando, además, algo de protección a Yvly y a Kmel, sentados al amparo de sus sombras. Ellos, quienes ya contaban con diez y seis grandes amaneceres, no hacían parte de los juegos de los más pequeños, pues ya se les había dado la responsabilidad de cuidarles.

Capítulo 2

Físicamente, Yvly y Kmel eran tan exactos que, en ocasiones, ni sus propios padres lograban diferenciarlos, objetivo cumplido solamente cuando alguno de ellos tenía una emoción muy fuerte. La madre de Kmel siempre le decía a éste que, si sus ojos lanzaran flechas cada vez que él, enojado, fruncía el ceño, sería la única persona viva en todo el pueblo. A diferencia, Yvly era inalterable, vacío, como si dentro no existiese esencia alguna, reía calmo y lloraba con los ojos secos, acompañado por una leve agitación en la respiración. No así Kmel, a quien siempre le llamaban la atención por sus fuertes carcajadas y, al llorar, se sentaba a restregarse los ojos hasta tal punto de causarse dolor. Ambos eran como dos nubes, pero también como el agua y el fuego. A pesar de sus diferencias, el uno siempre estaba para el otro y, sabían que, después de sus padres, solamente se tenían entre ellos.

Antes de ese ocaso, antes de que todo cambiara, Kmel y Yvly se levantaron para ir en busca de todos los niños con el fin de reunirlos y volver al pueblo. Al hacerlo, cada uno de ellos recogió sus mantos para vestirse y emprender el camino de regreso a sus hogares.

Todos ansiaban llegar al calor de su hogar para contarles a sus padres lo hecho durante la tarde, decirles cómo Yvly los había introducido en el Bosque Blanco y, como, al quedarse callados, les fue posible escuchar las canciones silenciosas que éste entonaba.

Capítulo 3

Era entonces cuando Yvly les explicaba que, aquellas canciones, contaban historias sobre ambos mundos: el perceptible y el imperceptible. Historias conocidas por los árboles.

—Antes del principio, sólo el Ser habitaba lo imperceptible —les contaba Yvly, como si estuviese traduciendo el canto de los árboles—. No se sabe cuándo, pues no existió tiempo antes de ello, el Ser empezó a crear lo perceptible: caminando sobre lo imperceptible, creó la tierra perceptible y, volando sobre lo imperceptible, creó los cielos perceptibles. Fue ahí cuando entendió que necesitaba ayuda y dicen que, aquella vez, fue la única que el Ser adoptó una forma perceptible. Siendo en sí mismo hombre y mujer yació consigo mismo. Inmediatamente, sin espera, tuvo a los tres Sempiternos Mayores.

Y por cosas como esas, la mayoría de padres querían a Yvly y le recibían con gusto en sus hogares, pues era un muchacho juicioso, de ejemplo, quien pocas veces salía de casa e inculcaba en los niños las historias y el temor a los Sempiternos Mayores. Por otra parte, algunos no se pasaban a Kmel, quien siempre andaba por ahí preguntado todo acerca de todo, y queriendo conocer el porqué de cada una de las cosas.

Pero esa noche, los niños no compartirían sus aventuras e historias con sus padres, no se sentarían a las mesas a cenar el pan con pescado como era costumbre, y tampoco ayudarían a sus madres a avivar el fuego en el hogar. Esa noche, cuando la luna recién aparecía, llegaron varios Guardias de la Primera Orden, ataviados con sus más finos mantos (de esos que sólo ellos se permitían ostentar) acompañados por sus imponentes estandartes y una orden de la Señora Primera.

Capítulo 4

Estos hombres y mujeres, quienes no eran bien recibidos en ninguna tierra de la Alianza, puesto que siempre llegaban a cobrar impuestos, dictar nuevas leyes o entregar malas noticias, entraron en el pueblo para convocar en torno de sí a sus habitantes.

Con ellos llegaron Kmel, Yvly y los demás, pues al encontrarse a mitad de camino con tal caravana, decidieron continuar con ésta el recorrido, admirados por la majestuosidad de sus hábitos de guerra.

Cuando la caravana se encontró formada en la plaza, varios Guardias cargados con cuernos y tambores tocaron los instrumentos para convocar a la gente.

Poco a poco el lugar se fue abarrotando y los niños corrieron al encuentro de sus padres, igual hicieron Yvly y Kmel. Ambos notaron la misma sombra de tristeza reflejada en el rostro de ellos, y las lágrimas a punto de salir saltando de los ojos de su madre. Era como si ya supiesen qué iba a suceder.

Sin descender de su cabalgadura, el Guardia Primero se acercó a la multitud: era un hombre grande, fuerte, de mirada oscura y atenta, como si ningún detalle se le pasara desapercibido y pudiera grabar en su mente cada rostro con tan sólo notarlo.

Cuando toda la atención estuvo sobre él, alzó la mano haciendo la señal de los cuatro, señal devuelta por el pueblo.

Para ese momento, Kristanna, el sacerdote del pueblo, vestido con su capa roja y su capa azul, ya se encontraba a su lado, siendo él quien precedería el rezo.

A pesar de su vejez y su espalda encorvada, su voz era como la de un trueno imprevisto.

Capítulo 5

—A ustedes, Ser, y Sempiternos Mayores, elevamos nuestras plegarias
—comenzó el sacerdote.

—Escúchenos, Ser, y Sempiternos Mayores —respondieron los Guardias.

—A ti, Ser, que eres dos, que eres uno. A ustedes, Sempiternos Mayores,
que son seis, que son tres.

—Escúchenos, Ser, y Sempiternos Mayores —respondió el pueblo.

—A ustedes, por quien todo existe y se sustenta.

— Escúchenos, Ser, y Sempiternos Mayores —respondieron los Guardias y
el pueblo.

—A ustedes pedimos protección para nuestros cuerpos.

— Escúchenos, Ser, y Sempiternos Mayores

—Alimentos para nuestros espíritus.

— Escúchenos, Ser, y Sempiternos Mayores.

—Provisión para nuestras almas.

— Escúchenos, Ser, y Sempiternos Mayores

—Sabiduría para nuestras mentes.

— Escúchenos, Ser, y Sempiternos Mayores.

—Amor para nuestros prójimos.

— Escúchenos, Ser, y Sempiternos Mayores.

—A ustedes, Sempiternos Mayores, elevamos nuestras plegarias.

—Escúchenos, Ser, y Sempiternos Mayores.

— A ti, Ser, que eres dos, que eres uno. A ustedes, Sempiternos Mayores,
que son seis, que son tres.

— Escúchenos, Ser, y Sempiternos Mayores —finalizaron los Guardias.

Capítulo 6

Terminado el rito litúrgico, el Guardia Primero tomó, de entre sus mantos, un rollo, el cual abrió y leyó.

—A todos los señoríos de la Alianza, un saludo de bendición y protección. Por mandato de Walu, de la tierra de los enlaínitas, Señora Primera de la Alianza, se ordena que, como mínimo, una persona mayor por hogar se presente al término de la distancia en la Ciudad del Sol y de la Luna. Esto, con el fin de integrar las nuevas tropas de defensa de la Alianza. Quien así no lo haga, será tomado como rebelde y buscado hasta su ejecución por afrentar contra los dictámenes de El Ser y los Sempiternos Mayores.

Un silencio súbito invadió toda la plaza, acompañado únicamente por el crepitar de las antorchas. El Guardia Primero cerró nuevamente el rollo.

—Partiremos mañana con el primer frío del amanecer —sentenció como palabra final.

Terminó realizando la señal de los cuatro, señal devuelta sin entusiasmo alguno.

Al romperse el silencio y los grupos en la plaza, Kmel corrió deshaciendo el camino de llegada. Su madre lo llamó a gritos, elevando cada vez más la voz, pero fue en vano. Yvly corrió tras él con la misma velocidad, sin alcanzarlo hasta que su hermano se detuvo cerca del bosque, donde comenzó a patear y dar puñetazos a los árboles como loco.

Capítulo 7

— ¡Kmel! —le llamó Yvly—. ¡Kmel! —. Pero era como si no le escuchara.

Su hermano no se detuvo hasta rasparse los nudillos, al hacer así, fue hasta el río a sumergir las manos.

—Kmel —le susurró su hermano tomándole del hombro.

El muchacho se agitaba como una bestia encerrada puesta en libertad.

— ¡Ahí está tu Ser y tus Sempiternos Mayores! —estalló de pronto, alejándose de Yvly—. ¡El viejo Kristanna no había terminado de acabar la maldita plegaria pidiendo amor por el prójimo, cuando ya estaban hablando de tropas de defensas y ejecuciones! —gritó, como pretendiendo ser escuchado en la misma Ciudad del Sol y de la Luna.

Decepcionado y derrotado, Kmel se tiró al suelo a llorar. Después de esperar un rato, Yvly se acercó a abrazarle.

—El Ser y los Sempiternos Mayores no tienen la culpa de lo que las personas hagan o dejen de hacer en sus nombres —le dijo, y ahí estuvieron por un buen rato, cada quien consigo mismo. Sin saber después de cuánto, volvieron a su hogar por el camino antes, el tomado por los Guardias Primeros. El camino era el mismo, pero ellos ya no lo serían.

Capítulo 8

La casa de Kmel y Yvly era igual a las demás, al menos, en la estructura básica. Construidas con juncos, en forma circular o cuadrada, cada casa contaba con tres espacios: dos habitaciones de descanso y la última, más grande, servía de cocina, comedor y lugar de visitas; en una de sus esquinas se erigía un pequeño altar, los muebles eran hechos con madera de bosques cercanos.

En aquella madrugada, los habitantes del pueblo se encontraban en una gran contradicción. Todos sus habitantes eran pacíficos, no entregados a riñas o peleas y apegados a las reglas y cumplir las leyes, ¿Qué hacer entonces cuando la orden principal era ir a la guerra?

Entre lágrimas y sollozos, en los hogares ayudaron a la persona escogida a empacar lo necesario para el próximo viaje a emprender. De cuando en cuando, se escuchaban gritos como de órdenes de apresar a alguien, luego, aquellos gritos se convertían en gritos de dolor, de familias que trataban de huir.

Recostado en el umbral de su habitación, con ojos enrojecidos y la mano vendada, Kmel observaba a sus padres y a su hermano arrodillados frente al altar, rezando. Hacía mucho tiempo que ellos habían desistido de la idea de que él cumpliera con los actos religiosos. En tal rito, su padre siempre lideraba y su madre y hermano respondían.

Capítulo 9

—A ustedes, Ser, y Sempiternos Mayores, elevo mi plegaria.

— Escúchenos, Ser, y Sempiternos Mayores

Por momentos, Kmel dejaba de oírlos, como cuando después de un tiempo de escuchar un sonido repetitivo, éste deja percibirse.

Su familia era un cuadro peculiar de razas. Su padre, Nizét, era alto, rubio, de tez clara y ojos de un azul profundo; de contextura delgada pero fuerte, sus músculos marcados demostraban estar listos en cualquier momento para cualquier ataque. Según le había contado él, venía desde Afu, unas tierras lejanas en donde la lluvia es blanca y, al hablar, vapor es expulsado por la boca.

—Oru, a ti elevo mi plegaria.

—Escúchanos, Oru.

Brish, su madre, tenía el aspecto físico de todos los Ambulantes Sin Tierra, una fusión sin par, quienes en su sangre parecían compartir todas las sangres de la Alianza. Su piel era tostada como la de los habitantes de Karasel, pero sus ojos eran verdes como los de Synneva. Su cabello, largo y rizado, era tan negro como la piel de los amoritas. Su cara era dulce y de facciones delicadas; así era toda ella, de movimientos suaves, que no soportaban la cercanía con personas que no fueran de su entera confianza.

—Protege mi pecho de sentimientos perversos, de lanzas en guerra.

—Escúchanos, Oru.

—Protege mis pies para que no corran hacia el vacío, de espadas que atraviesan carnes.

—Escúchanos, Oru...

Su hermano y él tenían la piel de su madre, la contextura de su padre, y unos ojos oscuros de algún antepasado perdido.

—Te imploro que me des tu protección a mí.

—Escúchanos, Oru.

—Que soy dos, que soy uno.

—Escúchanos, Oru.

Al terminar el rezo, como un vaticinio augurando lo indeseado, un leve pero helado viento entró por los ventanales haciendo bailar el fuego.